

# CENTROAMÉRICA EN LOS OJOS DEL TIEMPO

VÍCTOR HUGO ACUÑA ORTEGA

Han transcurrido ya muchos milenios desde los tiempos en que puñados de seres humanos iniciaron el proceso de ocupación del espacio que hoy llamamos centroamericano. Antes de esos visitantes imprevistos, ningún homínido, y ni siquiera algún mono antropoide, había hollado estos territorios de reciente aparición en la historia geológica del globo: ellos fueron los primeros emisarios de la condición humana en esta parte del mundo. Que en estas tierras había condiciones favorables para la proliferación de esa desconocida especie, lo mostraron con elocuencia la imponente y sobrecogedora civilización maya, tan esplendente de vida como devoradora de vidas; pero no menos la infinidad de cuasi-arcádicas sociedades cacicales y proto-estatales que los europeos encontraron a principios del siglo XVI en la sección sur del Istmo y en las cuales los criterios de lo permitido sonrojaron y escandalizaron a aquellos severos cristianos, tan poco preparados a los usos y abusos de la desnudez de los cuerpos. Así, la nueva historia inaugurada hace más de cinco siglos, que pretendió hacer *tabula rasa*, creció sobre el sedimento de una experiencia milenaria y multitudinaria; verdad elemental que no tardaron en comprender los invasores y que hoy se expresa, silenciosa, en la mesa de los pobres y, a porfía, en la mesa de los ricos centroamericanos.

Ciertamente que los grupos de nómadas y cazadores que milenios atrás vinieron a estas tierras a dejar para siempre la polifacética impronta de lo humano, no sabían que llegaban a fundar Centroamérica, ni aún que serían los abuelos de los mayas; ellos solamente buscaban una nueva vida en un territorio en el que resultaron ser los primeros emisarios de su especie. Es muy propio de nuestra condición, del futuro apenas captar su vago trazo inicial ya que tampoco la lucidez del pionero y el ansia del aventurero permitieron a Cristóbal Colón percibir que ese horizonte que se interponía entre sus naves y los tesoros de Marco Polo era en realidad un mundo nuevo. Así, la nueva historia empezó con una confusión de identidades pues los descendientes de los cazadores de la última era de los hielos fueron denominados "indios" y el lugar que habitaban nació con un nombre ligado a una

Many millennia have passed since the times when handfuls of human beings commenced the process of occupying the space we now call Central America. Before the arrival of these unexpected visitors, no hominid, not even an anthropoid monkey, had set foot on these territories, which had only just appeared in the globe's geological history: they were the first emissaries of the human condition in this part of the world. That these lands possessed the right conditions for the proliferation of that unknown species was eloquently proved by the imposing, awe-inspiring Mayan civilisation and, to an equal extent, by the countless quasi-Arcadian *caciques* and proto-state societies found by the Europeans in the southern part of the isthmus in the early sixteenth century. Those austere Christians, quite unprepared for the uses and abuses of naked bodies, were both embarrassed and shocked by the criteria ruling what was then considered normal behaviour. Thus, the new stage in history which dawned over five centuries ago with the idea of making a fresh start grew on the sediment of a millenary and multitudinous experience. This fundamental reality was soon assimilated by the invaders and today, it sits in silence at the meal tables of the poor and, in defiance, at the tables of the well-to-do Central Americans.

Indeed, the groups of nomads and hunters who, millennia ago, came to these lands to leave the permanent, multifaceted mark of the human were unaware that they were actually founding Central America or that they would be the grandparents of the Mayans. All they were seeking was a new life in a territory where, as things turned out, they were to be the first emissaries of their species. It is a characteristic peculiar to our condition to capture but a vague initial sense of the future. Christopher Columbus is another case in point: neither the lucidity of the pioneer nor the anxiety of the adventurer enabled him to realise that the horizon lying between his ships and the treasures of Marco Polo was, in actual fact, a new world. Accordingly, the new history began with a confusion of identities, for the descendants of the hunters of the last ice age were known as *Indians* and the place where they lived was baptised with a name expressing a degree of uncertainty: in the minds of the early Spanish *conquistadores* and explorers, these were the lands

interrogante: para los primeros conquistadores y exploradores españoles estas fueron las tierras del Estrecho Dudoso. Cuando se supo, al fin, que el Istmo no estaba fracturado por ninguna garganta marina, empezó a mirársele como sitio en medio de los nuevos territorios de Indias, es decir comenzó a articularse la idea de una América Central, aunque el nombre Centroamérica recién fue acuñado sólo después de la emancipación de España.

No obstante, aquellos seres humanos que en el siglo XVI iniciaron nuestra sangrienta marcha por la Modernidad no tenían la menor idea de que estuviesen laborando para la posteridad de alguna "patria grande" o de alguna que otra "patria chica"; ya que para ellos lo que importaba eran sus respectivas y conflictivas ideas de lo que significaba vivir la vida. En el curso de tres centurias y en el tejido de múltiples y conflictivas relaciones, las identidades se fueron inventando: a unos los llamaron indios, a otros ladinos, a otros castas y los poquitos de arriba fueron distinguiéndose entre sí como criollos frente a peninsulares. Pero no sólo la sangre fue criterio de identidad, sino también la fe y el vínculo con el terruño. Cuando los españoles partieron, dejaron tras de sí una idea del Istmo con la cual quienes heredaron su poder y señorío supusieron se podía imaginar una comunidad nacional independiente.

En aquel momento se inició nuestra marcha inconclusa y reiterada que ha consistido en pensar en Centroamérica como legado, como proyecto y como posibilidad. Centroamérica como proyecto ha conocido sucesivos fracasos después de la Independencia en 1821; fracasos que tal vez se expliquen porque no se ha pensado la región suficiente y sistemáticamente como legado y como posibilidad. Cada vez que emprendemos un ejercicio de escritura sobre la región suponemos automáticamente que en algún sentido dicho segmento del Nuevo Mundo ha tenido una existencia solidaria entre sus partes integrantes y específica en el contexto del espacio latinoamericano. Sin embargo, nuestro punto de partida debiera ser más bien el reconocimiento de una realidad quizás no muy grata en primera instancia, tal vez ambigua y desconcertante: Centroamérica no existe, en verdad solo existen "centroaméricas", mundos plurales, diversos, convergentes y divergentes, mundos de metamorfosis permanentes en la cadena sin fin del tiempo, que se agolpan en el lugar donde América se angosta y sus océanos se insolentan. Centroamérica quizás sea una, pero nunca es la misma: el Caribe mira de espaldas al Pacífico, y el Reino de Guatemala de la época colonial no coincide exactamente en el mapa con la República Federal Centroamericana nacida en 1823 y fenecida en 1838, ni con el Mercado Común Centroamericano de la década de 1960.

Pero la diversidad no está únicamente en la historia y en la geografía, ya que es también cultural y social. Hoy viven entre nosotros millones de seres humanos que afirman ser descendientes directos de los mayas, mientras que otros intentan ufanarse con blasones de antepasados de los reinos de Castilla. El español es la lengua dominante en Centroamérica, pero no necesariamente la lengua materna o de educación de muchos de sus habitantes. No

of the *Doubtful Strait*. When it was finally known that the isthmus had not been severed by the action of the sea, it started to be considered as a real place in the midst of the new territories of the Indies; or, to put it another way, the idea of a central America started to take shape although the actual name of Central America was coined only after emancipation from Spain.

Nevertheless, the human beings who, in the sixteenth century, took the first steps of what would be our bloody march through modernity, were utterly unaware that they were forging a "great homeland" or a number of "home areas" for posterity. What mattered to them were their respective conflictive ideas about the meaning of living life. In the course of three centuries, while countless conflictive relationships were being spun, identities were gradually invented: some were known as *Indians*, others as *Ladinos*, still others as *castes* and the few that were at the top used the terms, *Creole* and *peninsular*, as a way of distinguishing themselves from one another. But blood was not the only criterion of identity. Faith and the connection with the native soil were also taken into account. When the Spaniards departed, the idea they left behind them of the isthmus was such that those who inherited their power and dominion believed that there was room for conceiving of a national independent community.

This was the start of our unfinished, oft-repeated tendency to look on Central America as a legacy, as a project and as a possibility. Since independence in 1821, Central America as a project has failed time after time. These failures may perhaps be accounted for by the fact that the region has not been considered either sufficiently or systematically as a legacy and a possibility. Whenever we start writing about the region, we automatically suppose that, in some way, this segment of the New World has had a solidary existence as far as its component parts are concerned and a specific existence in the context of the Latin American space. Instead of this, however, our starting point should be the recognition of a reality which, at first sight, is not too pleasant and perhaps proves ambiguous and disconcerting: Central America does not exist. Really, there are only "central americas", plural worlds, diverse, convergent and divergent, worlds undergoing constant metamorphoses in the endless chain of time, all gathering round the point where America shrinks while its ill-bred oceans lap the shoreline. Central America may be one but it is never the same: the Caribbean has its back turned to the Pacific and, on the map, the Kingdom of Guatemala of the colonial period does not altogether match the Central American Federal Republic born in 1823 and deceased in 1838, or the Central American Common Market of the sixties.

But this diversity is found not only in history and geography but also at the cultural and social levels. Living among us today are millions of human beings who claim to be direct descendants of the Mayans, while others boast of coats of arms belonging to ancestors that go back to the Kingdoms of Castile. Although Spanish is the most widely-spoken language in Central America, it is not necessarily the mother tongue or schoolroom language of many of its inhabitants. Let us not forget that the indigenous groups have conserved their languages just

olvidemos que los grupos indígenas conservan sus lenguas y los descendientes de los antillanos su inglés criollo, así como los hijos de las familias de las clases medias y altas reciben su educación en inglés estadounidense en escuelas y colegios exclusivos.

En el principio de nuestra Modernidad hubo sospechas de que Centroamérica era el lugar recóndito del paso oceánico hacia las tierras de Cathay y Cipango, y aunque la suposición fue infundada no hay dubitación hasta la fecha de que se trata de un istmo, quizás el puente entre las dos masas continentales más importante del planeta. Por eso es que desde el siglo XVI Centroamérica no es únicamente un sitio para sus residentes sino también un alfiler vigilado en los mapas de los cuarteles generales de los que grandes han sido en este mundo. Centroamérica no es un lugar perdido en las estepas, ni un enclave adosado a una de las cumbres de los Himalaya, ni mucho menos un idílico paraíso en los Mares de Sur, sino un campo de batalla de conquistadores, piratas, bucaneros, filibusteros, mercenarios, soldados de fortuna y ocasión, forjadores de imperios de banano y tácticos y estrategas de la guerra de contrainsurgencia y pieza de trueque entre funcionarios, grandes o pequeños, del Consejo de Indias, el Foreign Office y el State Department. Desde el siglo XVI, en el libro de la historia de las relaciones entre las grandes potencias siempre ha existido un capítulo relativo a la parte ístmica de América.

El futuro y el pasado siempre nos interrogan, el primero en forma de incertidumbre y el segundo como un fondo oscuro. Podemos encontrar consuelo de lo incierto en el conocimiento de lo que por el tiempo se escapó, pero que en la memoria social dejó un rastro borroso. Pero vivir es tener un presente. Las claves de la situación presente residen en la actualidad, pero no todas, ni necesariamente las más determinantes. El pasado es siempre una tenaza que tiene asido al presente con potencia variable según su peso inercial, derivado por el cauce del tiempo. No sólo los muertos de hace un instante doblan nuestras espaldas sino también aquellos cuyos restos son más polvo que huesos. Centroamérica es un territorio en donde el pasado pesa, más como lastre que como plataforma de despegue. En esta parte de América el presente ha tenido mucha dificultad para emanciparse de las sombras ominosas de otros tiempos. Acaso podríamos olvidar que aún seis décadas atrás, el trabajo forzoso de origen colonial era moneda corriente en las grandes fincas cafetaleras de Guatemala o que la democracia apenas camina con paso incierto hace solo un decenio en todos los países del Istmo. Seguimos atados a un oscuro fondo autoritario de larga trayectoria y los derechos en nombre de los cuales la Modernidad hace valer su lugar no cobijan hasta el presente, plenamente, a todos los centroamericanos.

A todos parece obvio que Centroamérica es un lugar ubicado entre América del Sur y América del Norte, pero ese territorio que queda en el medio no es tan evidente en su definición como parece. En efecto, algunos piensan que Panamá no está en Centroamérica y otros dirían que México es Centroamérica. Lo cierto es que las distintas superficies que abraza el término Centroamérica corresponden a distintas visiones e intenciones y a dis-

as the descendants of the people of the Antilles still use their Creole English and the children of middle and upper-class families receive their education in American English at exclusive schools and colleges.

In the early days of our modernity, it was conjectured that Central America was an out-of-the-way place off the ocean route to the lands of Cathay and Cipango and, although this conjecture was unfounded, there had been no doubt until then that it was an isthmus, perhaps the bridge between the planet's two most important continental masses. This is why, since the sixteenth century, Central America has not been just a place for its inhabitants to live but also a key place on the maps hanging on the walls of the general headquarters of those who have been great in this world. Central America is neither a remote place on the steppes nor an enclave nestling amid the summits of the Himalayas, and even less an idyllic paradise in the Southern Seas, but a battlefield for *conquistadores*, pirates, buccaneers, freebooters, mercenaries, soldiers of fortune and fate; builders of banana empires and tacticians and strategists of the war of counterinsurgency; and a trading item used among all nature of functionaries from the *Consejo de Indias*, the Foreign Office and the State Department. Since the sixteenth century, in the history book of the relations between the great powers, there has always been a chapter about the isthmoid area of America.

Questions come to us constantly from the future and the past, the first in the form of uncertainty and the second, as a dark background. We may find consolation for the uncertain in the knowledge of things which, though escaping through time, left behind them an indistinct mark on social memory. But to live is to have a present. Some of the keys to the present situation, but not all of them, nor, necessarily, the most determining ones, are to be found in the present time. The past is like a pincer with a permanent hold on the present, varying in strength in accordance with its inertial weight, formed by the course of time. Not only do the dead of just an instant ago bend our backs but also those whose remains are now dust. Central America is a territory where the past carries weight, but as ballast rather than as a springboard. In this part of America, the present has been hard put to freeing itself from the ominous shadows of former times. We can hardly forget that, only six decades ago, the hard labour of the colonial era was still a regular occurrence on the huge coffee estates of Guatemala or that, only 10 years ago, democracy was treading with uncertain steps in all the countries on the isthmus. We are still shackled to a dark, authoritarian background going back through the tunnels of time and the rights allegedly brought by modernity are still not fully enjoyed by all Central Americans.

To all of us, it seems obvious that Central America is a place situated between South and North America but the definition of this middle territory is certainly not so clear as it may seem. Indeed, some people consider that Panama is not in Central America while others would say that Central America consists of Mexico. The fact of the matter is that the different surfaces embraced by the term, Central America, correspond to different visions and intentions and also to different periods. In

tintas épocas. En el presente la convención ha ido estableciendo que Panamá es Centroamérica; pero que México es México, aunque Chiapas fue antes Centroamérica y para algunos, con sus nuevos personajes con pasamontañas, pareciera que se está deslizándose hacia el sur, halada por su pasado. En fin, la convención ha aceptado desde siempre que Centroamérica está formada por los cinco estados que sobrevivieron a la muerte de la Federación: Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica. Siempre nos queda el problema de qué hacer con Belice, estado independiente desde 1981, asunto que posiblemente ni sus habitantes sabrían resolver. No hagamos esta pregunta a los que se llaman costarricenses porque ellos están convencidos de que su país, paraíso en el mundo, está en Centroamérica pero no es Centroamérica.

Si queremos conocer esta parte de América debemos buscar su particularidad en el contexto de la América Latina y distinguir también los rasgos que unifican y separan a sus países. En el espacio latinoamericano, Centroamérica presenta algunas peculiaridades tanto históricas como naturales. Acaso apenas baste recordar que, en este territorio, volcanes, huracanes y sismos espantan con regularidad a sus pobladores. El patrimonio arquitectónico del Istmo es sobre todo vestigios someros y cicatrices profundas. También su patrimonio natural ha sido devastado por la acción del ser humano y la región es una parte del planeta en donde el ambiente está de rodillas. Ya dijimos que no es difícil mostrar todo lo que en la experiencia histórica y en la realidad actual separa a estos países, pero tampoco podemos ignorar los muchos elementos que los unifican. El nombre de la región tal vez nos dé alguna idea de su identidad o, si se prefiere, de su destino, pues América Central está en el centro del continente americano y en medio de los dos océanos más grandes del planeta. Por eso se dice que es un mundo entre mares y entre continentes. Centroamérica es puente y es también istmo.

Es posible que una de las primeras particularidades de Centroamérica en el entorno latinoamericano sea la mayor incidencia de las fuerzas externas en su desarrollo histórico. Esta circunstancia nace de la importancia estratégica de su situación en el planeta, sobre todo a partir de la primera formación de una economía-mundo en el siglo XVI. Centroamérica fue atraída a la Modernidad por el Estrecho Dudoso y luego de ella quedó rehén y prisionera por un canal que se hizo imperativo. Curiosamente, a pesar de estar en el centro y a pesar de no ser un mundo aislado, el Istmo presenta un carácter marginal, en el sentido de que no tiene un gran peso en América Latina ni en términos demográficos, ni políticos, ni económicos. Los centroamericanos, desde los tiempos coloniales y hasta el presente, sufrimos una sensación de invisibilidad y desdén frente a los que se consideran los polos del desarrollo histórico latinoamericano. México es México, pero este istmo espectral, nunca se sabe qué puede mostrar, aparte de sus sabidas taras. Quizás exprese bien esta marginalidad el estereotipo despectivo que algunos han adscrito a estos países: "banana republics".

recent times, it has gradually been established by convention that Panama is Central America while Mexico is Mexico, although Chiapas was once Central America and, the way some people see it, with its new characters and their balaclavas, it might be slipping southwards, drawn by its past. Summing up, convention has always accepted that Central America is made up of the five states that survived the death of the federation: Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua and Costa Rica. We are always left with the problem of what do with Belize, an independent state since 1981. This is possibly an issue which not even its own inhabitants would know how to settle. Let us refrain from putting this question to those who call themselves Costa Ricans because they are convinced that their country, an earthly paradise, is in Central America but is not Central America.

If we want to gain an insight into this part of America, we must seek its specific characteristics in the context of Latin America while pinpointing the aspects in which the countries resemble and differ from one another. In the Latin American space, Central America possesses certain historical and cultural distinguishing traits. Suffice it to recall that the inhabitants of this territory are frequently taken unawares by volcanoes, hurricanes and earthquakes. The isthmus's architectural heritage consists, above all, of superficial ruins and deep scars. Similarly, the natural heritage has been devastated by the hand of man and the region is one part of the planet where the environment is on the verge of collapse. We have already said that it is not difficult to point to all the things that distinguish these countries from one another in the historical experience and in present-day reality but, at the same time, we cannot ignore the many ways in which they are similar. The name of the region can perhaps give us an idea of its identity or, if preferred, of its destiny, for Central America is in the centre of the American continent and in the middle of the planet's two largest oceans. That is why it is said to be a world between seas and a world between continents. Central America is at once a bridge and an isthmus.

Possibly, one of the main distinguishing features of Central America within the Latin American context lies in the greater influence of external forces on its historical development. This circumstance derives from the strategic importance of its situation as regards the rest of the planet, especially after the first formation of a world-economy in the sixteenth century. Central America was drawn to modernity by the *Doubtful Strait* and, in the aftermath, fell hostage and prisoner because of a canal which turned into a pressing issue. Curiously, despite being in the centre and despite not being an isolated world, the isthmus has a marginal nature in the sense that it carries little weight in Latin America in demographic, political and economic terms. From colonial times down to the present day, we Central Americans have felt ignored and disdained when it comes to considering the focal points of Latin American historical development. Mexico is Mexico but, as far as this spectral isthmus is concerned, we never know what it is able to show, apart from its renowned defects. Perhaps this marginality is adequately expressed by the derogatory stereotype which some people have attributed to these countries: "banana republics".



El peso de los factores externos y su marginalidad se manifiestan claramente en la relación que el Istmo ha mantenido con los Estados Unidos a lo largo del siglo XX. En efecto, Centroamérica y el Caribe fueron el espacio primigenio de la expansión de esa potencia y son el área en donde ha podido actuar con más arrogancia e impunidad, sin correr grandes riesgos. Simultáneamente, es claro que América del Centro tiene para los Estados Unidos poco valor económico y tan sólo un valor geo-estratégico, por el canal interoceánico, y otro meramente simbólico de su poderío: aquí ellos mandan más que en cualquier otra parte porque así ha sido y tiene que ser. Sin embargo, este peso excesivo de los condicionantes externos es fuente de mucha incompreensión de la realidad centroamericana. En efecto, resulta una confusión simplificadora y una excusa fácil atribuir todos sus males a la perpetua y perversa influencia estadounidense, desconociendo el peso específico de los procesos internos. Nosotros, los centroamericanos, también tenemos nuestros propios monstruos de nuestra única y exclusiva factura. Algunos nos han acosado y aterrorizado mucho antes de que llegaran los primeros yanquis emprendedores y avasalladores.

El tema de la influencia extranjera no es asunto meramente académico ya que ha impregnado los debates y los diagnósticos políticos, tanto en el pasado como en el presente. Por ejemplo, en la década de 1980 unos veían la crisis de la región como producto de la llamada confrontación Este-Oeste, mientras que otros la atribuían a una larga acumulación de problemas internos no resueltos. De igual manera, el fracaso de la revolución nicargüense tanto puede ser visto como producto del sabotaje de los Estados Unidos, como de los errores políticos de los mismos dirigentes sandinistas. Hoy nuestras miserias se alimentan del olvido en que hemos caído de aquellos quienes hace apenas un instante nos consideraban su principal dolor de cabeza.

El peso de los factores externos también aparece cuando se discute la cuestión de las elementos de unificación y de dispersión del espacio centroamericano. Al respecto, una posición radical es aquella que mira la región como un espacio fragmentado que sólo tiene unidad en la perspectiva de los intereses geopolíticos externos. No obstante, habría que señalar que existen en la historia centroamericana, tanto en las estructuras como en los actores, tendencias centrípetas y tendencias centrífugas. Múltiples actores centroamericanos, sociales y políticos, por lo menos desde la Independencia, han considerado la región en su conjunto como su espacio natural. Por supuesto, que también esos mismos actores en determinadas circunstancias han apostado por el separatismo. En todo caso, no parece existir en América Latina otro lugar en donde un conjunto de estados formalmente independientes estén tan estrechamente vinculados.

Centroamérica es puente, pero es sobre todo istmo. En efecto, desde el siglo XVI su interés como istmo ha prevalecido y el comercio mundial ha transitado en uno y otro sentido por el Istmo de Panamá. Cuando algún político centroamericano ha tenido un arrebatado de grandeza, su gran designio ha sido una vía inter-

The weight of external factors and the marginality they carry are brought out clearly in the isthmus's relationship with the United States throughout the twentieth century. In fact, Central America and the Caribbean were the northern power's first space of expansion and are the area where it has been able to act with greatest arrogance and impunity without running any major risks. At the same time, it is clear that, for the United States, the America of the centre has little economic value. It just has a geo-strategic value, because of the inter-ocean canal, and another, minor value as a symbol of US power: here, they are the bosses more than anywhere else in the world because that's the way it's been and that's the way it has to be. However, this excess weight of external conditioning factors is the source of a great lack of understanding as regards Central American reality. Indeed, it is a convenient error and an easy excuse to attribute all its suffering to the perpetual, perverse influence of the United States without taking into account the specific weight of internal processes. We Central Americans also have our own monsters of our sole, exclusive making. We were hounded and terrorised by others long before the arrival of the first enterprising, domineering Yankees.

The question of foreign influence is not merely academic. It has pervaded political debates and diagnoses both in the past and in the present. For instance, in the eighties, some people saw the region's crisis as a product of the East-West confrontation, while others put it down to a long chain of unsolved internal problems. Likewise, the failure of the Nicaraguan Revolution may just as easily be seen as a product of sabotage on the part of the United States as the result of political errors on the part of the Sandinist leaders. Today, our wretchedness feeds on our oblivion of those who, not so long ago, considered us to be their major headache.

The subject of external factors also crops up in discussions about the elements of unification and dispersion in the Central American space. Here, a radical stance would be that which considers the region as a fragmented space which possesses unity solely from the point of view of external geopolitical interests. Nevertheless, it should be pointed out that Central American history has witnessed centripetal and centrifugal tendencies both in its structures and in its players. Countless Central American players, both social and political, have, at least since independence, considered the region as a whole as their natural space. Of course, in certain circumstances, these selfsame players have also come out in favour of separatism. In any event, there does not seem to exist any other place in Latin America where a group of formally independent states are so closely tied together.

Central America is a bridge but it is, above all, an isthmus. Indeed, since the sixteenth century, its interest as an isthmus has prevailed, with world trade travelling the isthmus of Panama in both directions. When some Central American politician has had an outburst of grandeur, his great endeavour has been an inter-ocean connection. Only recently has the region started to be seen as a bridge between the south and north of the American continent in the context of a key issue of our time: drug

oceánica. Solo recientemente, en una cuestión clave de nuestro tiempo: el narcotráfico, la región ha empezado a ser percibida como puente entre el sur y el norte del continente americano. Hoy las drogas siguen el camino que desde hace millones de años tomaron las más diversas formas de vida. De nuevo, el narcotráfico recrea la mirada tradicional de los Estados Unidos sobre la región como una zona estratégica para sus intereses.

La diversidad de la América Central se percibe con facilidad cuando se miran sus países. Hay poco en común entre la Guatemala indígena y colonial y una cierta Costa Rica arropada en su ilusión de ser un ideal de Modernidad occidental en medio de un territorio rebotante de arcaísmos. No es difícil apreciar cuan distinto es el Panamá cosmopolita del resto del Istmo de sabor provinciano, ni la divergencia histórica entre Nicaragua, con sus élites tan frecuentemente divididas, y El Salvador con su poderosa oligarquía. Pero no son menores las diferencias que se observan en el interior de los países, entre sus ciudades y sus campos, entre sus distintas regiones y entre sus altiplanos, fríos y enjutos, y sus planicies costeras, calientes y exuberantes. Hay una oposición que corta longitudinalmente todo el Istmo y que pone en antagonismo la vertiente pacífica con la vertiente del Caribe. No hay una Nicaragua, hay dos: la que mira al Pacífico y la de las poblaciones misquitas y negras. La Costa Rica del café siempre se avergonzó de la Costa Rica de los bananales del Caribe. Dicho contraste ha tenido históricamente importantes consecuencias para la región. En ciertos casos significa un verdadero problema de integración nacional, como en Nicaragua, y en todos permitió la formación de enclaves económicos de empresas extranjeras. No obstante, la falta de integración nacional ha redundado en una mayor diversidad cultural. La impronta del mundo caribeño en los aspectos más vivos y más actuales de las culturas populares del Istmo es bastante obvia.

Se asocian también la pobreza, la falta de viabilidad y la marginalidad de las economías y sociedades centroamericanas con su tamaño diminuto: pequeños países y grandes problemas. No hay que olvidar que dos de los países más pobres del continente se encuentran en Centroamérica y no resulta sorprendente que hoy el Istmo sea tierra de emigrantes: millones de centroamericanos se apiñan en las principales ciudades de los Estados Unidos. No es casual que un tema de debate permanente haya sido el de la viabilidad de estos pequeños estados. El filibustero William Walker hizo tal diagnóstico cuando pretendió anexionarlos al Sur esclavista estadounidense en 1856. Precisamente la conciencia de ser poco viables y muy vulnerables ha empujado periódicamente a los centroamericanos a intentar proyectos integracionistas. De este modo, el unionismo es un utopismo típicamente centroamericano y también un recurso de supervivencia, tan difícil como inevitable. Pero también la tentación de encontrar un nicho en el mercado mundial, en donde una de estas pequeñas economías prospere, siempre ha sido grande. Así, en la etapa actual de la llamada globalización, Panamá, ahora que el canal le pertenece, y Costa Rica, con su supuesta ventaja cultural y ambiental, buscan

trafficking. Today, drugs are following the same path as the most diverse forms of life millions of years ago. Again, drug trafficking is fanning the United States' traditional focus on the region as a strategic area for its interests.

The diversity of Central America is easily perceived if one takes a look at the countries by which it is formed. There is little in common between indigenous and colonial Guatemala and a Costa Rica nurturing its illusions about being an ideal of Western modernity in the midst of a territory oozing with archaisms. It is not difficult to realise how different cosmopolitan Panama is from the rest of the provincially-flavoured isthmus, or to appreciate the historical divergence between Nicaragua, with its often divided elite groups, and El Salvador, with its powerful oligarchy. But the differences are equally noticeable in the interior of the countries, the cityscape and the landscape, the highly-varied regions, the cold, dry highlands and the hot and exuberant coastal plains. There is a twofold force slicing the isthmus longitudinally, producing a situation of antagonism between the Pacific side and the Caribbean side. There is not just one Nicaragua but two: the one that looks out towards the Pacific and the one made up of *Misquita* and Negro towns and villages. The Costa Rica of the coffee plantations has always been ashamed of the Costa Rica of the banana plantations lying on the Caribbean coast. Historically, this contrast has had important consequences for the region. In some cases, as in Nicaragua, it has been a true problem of national integration and, in all cases, it has led to the formation of economic enclaves by foreign enterprises. Nonetheless, the lack of national integration has produced greater cultural diversity. The imprint made by the Caribbean world on the isthmus's popular cultures, now far more alive and in line with present trends, is fairly obvious.

Poverty, inviability and the marginalised position of Central American economies and societies are associated with the fact that they are so small: tiny countries with huge problems. It must not be forgotten that two of the continent's poorest countries are in Central America and it is not surprising that, today, the isthmus is a land of emigrants: millions of Central Americans are flocking to the major cities of the United States. It is no coincidence that the viability of these small states has become a permanent topic for debate. Freebooter William Walker made this diagnosis when he tried to annex them from the slaveholding south of the United States in 1856. The awareness of being inviable and extremely vulnerable at the same time is precisely what has driven the Central Americans to embark periodically upon projects of integration. Thus, unionism is a typically Central American utopian concept and also a means of survival, as difficult as it is inevitable. But we must also remember that the temptation to find a niche in the world market where one of these tiny economies might prosper has always been great. As a result, in the present stage of so-called globalisation, Panama, with the canal in its possession, and Costa Rica, with its supposed cultural and environmental advantage, are looking for a way to make the most of their respective situations. But the truth is that Central America is a

la manera de jugar a esa carta. Pero lo cierto es que Centroamérica es un mosaico de mundos diminutos, en donde rivalizan las carencias propias con las inquinas hacia el vecino. Pero la mezquindad no impide algunas grandezas como las del inspirado Rubén Darío, por citar a uno de sus más conocidos creadores.

La pequeñez no significa impotencia absoluta porque los países de la región han seguido distintos tipos de estrategias para reducir sus márgenes de subordinación y marginación. Posiblemente, la circunstancia de Costa Rica como un caso aparte en el contexto centroamericano es resultado de la existencia de esos márgenes de maniobra. No cabe negar, sin embargo, la debilidad de los micro-estados centroamericanos frente a los Estados Unidos. Obviamente, su grado de soberanía es relativo. No obstante, se pueden encontrar diferencias importantes entre los distintos países. Nicaragua, Honduras y, por supuesto, Panamá históricamente han sufrido formas extremas de dominación de los Estados Unidos, mientras que los otros estados han disfrutado de mayores márgenes de autonomía.

En suma, la historia de la región ha sido la de una serie de difíciles encuentros con la Modernidad, cristalizados en contradicciones dolorosas y persistentes: el excesivo peso del pasado, la apropiación "alienada" de los modelos culturales europeos y estadounidenses, en donde la cultura Disney hace estragos, la persistencia de relaciones sociales y políticas, en donde la arbitrariedad y los privilegios son mayores que en otras partes de América Latina, la debilidad de los marcos institucionales y formales, la presencia de bloqueos duraderos a la movilidad social, la fragilidad de los derechos humanos, la persistencia de una cultura política autoritaria, la presencia de naciones inacabadas, en donde solo algunos son ciudadanos efectivos y en donde la fractura étnica pervive. En fin, son estas sociedades en donde el derecho a ser diferente o simplemente a ser individuo, con todo lo que esa noción comporta de imprevisto, inconexo, incierto e inédito, es caro y precario.

Sin embargo, Centroamérica aún es una promesa y sus poblaciones miserables no parecen haber perdido su gusto por la vida y el valor de la resistencia, y esa es la Centroamérica que nos interpela en el presente. La de los años 1920 y 1930, conocida y admirada aquí y allá por la lucha de un hombre llamado Augusto C. Sandino y la que suscitó también tantas ilusiones en todo el mundo hace dos décadas. Los centroamericanos podremos siempre discutir sobre razones y sinrazones de nuestra unión y desunión, pero hoy nos apremia la necesidad de porvenir de la mayoría de los que residen en esta parte de América; esa que hace un milenio fue escenario del esplendor maya, esa que hace cinco siglos nació como porción del imperio español y esa que hace tanto tiempo erra y busca. El centro del Nuevo Mundo será siempre un dudoso estrecho para los peregrinos de la vocación de futuro.

---

**Víctor Hugo Acuña Ortega** es historiador, profesor e investigador de la Universidad de Costa Rica. Es miembro de la Junta Directiva de Teor/Etica.

mosaic of tiny worlds, where the shortages of one vie with grudges against the other. But meanness is not an obstacle to greatness, as shown by the gifted Rubén Darío, one of the region's best-known literary creators.

Smallness does not mean absolute impotence, for the region's countries have deployed different kinds of strategies in an attempt to narrow the margins of their subordination and marginalisation. Possibly, the circumstance of Costa Rica as a separate case in the Central American context stems from the existence of those margins. However, the weakness of the Central American micro-states vis-à-vis the United States cannot be denied. Obviously, their degree of sovereignty is relative. Nevertheless, important differences between the various countries may be found. Historically, Nicaragua, Honduras and, of course, Panama have undergone extreme forms of domination on the part of the United States, whereas the other states have enjoyed greater degrees of autonomy.

In short, the region's history has been beset by a number of difficult encounters with modernity, materialising in painful and persistent contradictions: the excessive weight of the past; the "alienated" appropriation of European and US cultural models, whereby the world of Disney has wreaked havoc; the persistence of social and political relations, where arbitrariness and privileges are greater than elsewhere in Latin America; the frailty of institutional and formal frameworks; the presence of lasting obstacles to social mobility; the fragility of human rights; the persistence of an authoritarian political culture; the existence of incomplete nations, where only a few are real citizens and ethnic fracture goes on regardless. To put it another way, these are societies in which the right to be different or simply to be an individual, with all the elements of the unexpected, the unconnected, the uncertain and the hitherto unseen that this involves, is costly and precarious.

Nevertheless, Central America is as yet a promise and its wretched inhabitants do not seem to have lost their love of life or their sense of resistance, and this is the Central America that is calling out to us at the present time. The Central America of the twenties and thirties, known and admired here and there for the struggle of a man called Augusto C. Sandino; the Central America that also fired so many dreams all over the world just two decades ago. We Central Americans will always be able to ponder over the sense and senselessness of our union and disunion but today, our most pressing task is the provision of a future for the majority of the people living in this part of America; the place which, a millennium ago, was the setting for Mayan splendour; the place which, five centuries ago, came into being as a portion of the Spanish Empire; and the place which has been wandering and searching for so long. The centre of the New World will always be a *doubtful strait* for pilgrims blessed with foresightedness.

---

**Víctor Hugo Acuña Ortega** is a historian, teacher and researcher at the University of Costa Rica. He is a member of the board of directors of *Teor/Etica*.